

Más tarde concurrí al teatro de verano, llamado también de Rossini, que está situado en medio de los jardines de los Campos Elíseos y en donde encontré una numerosa y selecta concurrencia.



MULETERO ESPAÑOL.



BAILARINA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO XVIII.

MADRID.

La Armería. — Las Caballerizas Reales. — Academia de San Fernando. — Palacio del Senado. — Palacio de las Cortes. — El general Ramón Coroná, Ministro de México. — Las Salesas Reales. — Templo de Atocha. — Sepulcro del general Prim. — Museo Antropológico. — Chocolate en Madrid. — Orchata de Chufas.

15 de Julio.

Hoy estuve en la Armería, edificio que se levanta al Sur de la plaza del Palacio Real. Hay en ese local multitud de curiosas y riquísimas armaduras, notables tanto por los personajes á quienes pertenecieron, como por los artísticos adamasquinados de que están adornadas.

Una cosa me sorprendió sobre todo: el peso de esas armaduras. Los que las portaban debían de ser hombres robustos y de constitución privilegiada para soportar semejante peso. Nuestra actual generación, para algunos degenerada, sería incapaz para llevarlas y mucho menos para utilizarlas en los momentos de un combate.

Cosa de 2,500 armas y piezas de armadura existen en la Armería.

Llaman la atención: la espada de Hernán Cortés, la hoja de Toledo del Conde de Olivares; la de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán; la imitación

de la espada de Francisco I, cuyo original se llevó Napoleón Bonaparte en 1808, el brazal de Alí-Bajá, almirante de los Turcos en la célebre batalla de Lepanto; la armadura de Cristóbal Colón, la del Gran Capitán, la de Don Juan de Austria, el casco de Francisco I, la espada de Pelayo encontrada en Covadonga, la rica armadura de Carlos V; *la Colada*, espada del Cid Campeador y la espada de Boabdil, el último rey de Granada.

Por demás es decir que á la vista de este Museo, los combates personales de la Edad Media y las escenas deliciosas descritas en las novelas de Cervantes se vienen á la memoria.

Visité luego las Caballerizas reales, edificio situado junto al Palacio Real, como un departamento de él, y en el que se encuentran los caballos, monturas y carruajes de lujo que sirven en las grandes fiestas de la corte.

Los arneses y monturas están colocados en los aparadores de grandes galerías, con tal esmero y aseo, que se diría que aquello es el departamento de alguna exposición. Hay riquísimas monturas inglesas, (en México albardones) con asiento de terciopelo azul ó carmesí y bordados de hilo de oro.

Los caballos tenidos en separos están perfectamente atendidos; y los carruajes en número sorprendente y de las formas más variadas, desde los de abigarrados colores y carnavalescos adornos que se usaban hace siglos, hasta los elegantísimos fabricados en nuestros días, se hallan todos conservados con sumo cuidado.

Los guardianes de este edificio y toda la servidumbre usan la librea de la corte.

Mi cicerone me informó que muchos de esos carruajes habían desaparecido, vendidos ó robados, durante el período revolucionario que acababa de pasar.

Estas Caballerizas constituyen un edificio magnífico y el único en su especie que he visto.

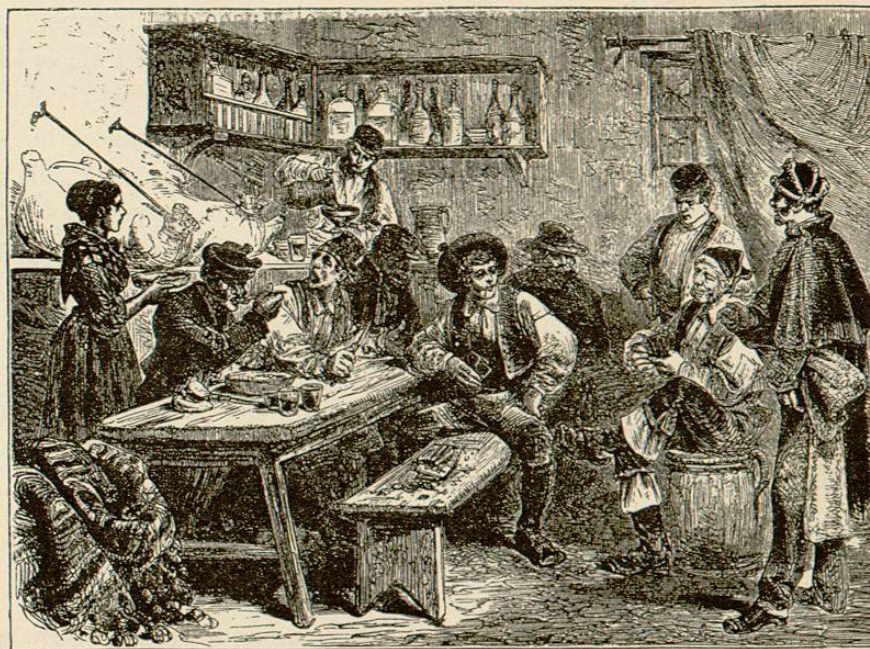
Cuando alguien conversando conmigo me había indicado que me convenía visitar las Caballerizas reales, me sonreía creyendo que no lo merecerían: ahora, yo á mi vez recomendaría la visita á ese local.

Fuí luego á la Academia de San Fernando, situada en la calle de Alcalá. El primer piso está distribuido en once salas que contienen como trescientos cuadros, la mayor parte de artistas españoles. *El Asesinato de los Inocentes*, por Rubens; *San Jerónimo*, por Ribera, una *Corrida de Toros* y una *Casa de Locos*, por Goya; *Santa Isabel cuidando los tiñosos*, de Murillo y algunos retratos por Zurbarán; son los que más fijan la atención de los visitantes.

El piso superior del edificio contiene un Museo de historia natural. En el ramo de Mineralogía se ven coleccionados muchos metales preciosos; en el de Zoología, además de la colección de animales raros, se encuentra un esqueleto

fósil de cuadrúpedo de un tamaño monstruoso, que designó el naturalista Cuvier con el nombre de *Megathérium Americanum*.

Fuí al Museo Naval, en el Ministerio de Marina, colección curiosa de modelos de todas clases de embarcaciones é infinidad de objetos de marinería.



UNA TABERNA ESPAÑOLA.

Visité el palacio del Senado, situado en la Plazuela de los Ministerios: este edificio servía en otro tiempo de iglesia á los Agustinos, y nada ofrece de notable; el templo del Buen Suceso y el palacio del Congreso ó de las Cortes.

Este último edificio tiene una magnífica fachada y en su interior hay pinturas ejecutadas por hábiles artistas. Su construcción es muy reciente; fué edificado en 1850.

Por la tarde estuve á ver al Señor general Ramón Corona, Ministro de México en España y para quien traía una carta de introducción que me había dado en París mi buen amigo el Señor L. Ceballos.

Fuí perfectamente recibido por él y su señora esposa.

Me llenaron de preguntas sobre México, que hacía tiempo no veían. Sabiendo que mi viaje era de puro recreo, me interrogaron con curiosidad sobre Londres y París, que no conocían, debido á las oficiales ocupaciones del Señor General, á pesar de haber estado más de dos años en España, lugar tan inmediato á aquellas poblaciones. Encantados de las bellezas y atractivos de Madrid, veían

con sorpresa la poca importancia que daba yo á esta población, comparándola con aquellas dos soberbias capitales.

El Señor general Corona tuvo la amabilidad de ofrecer acompañarme á visitar las cosas más notables de Madrid, y le causó admiración el saber que en los pocos días que llevo de estar aquí, ya conosco todos los principales objetos de la coronada villa.

— Bien, V. ha visitado, me decía el General, el Museo de Pinturas, la Academia de San Carlos, la Plaza de Toros, el Hospital General, el Palacio Real y otros monumentos; pero no una cosa que tampoco nosotros hemos visto y que según me aseguran es muy curiosa. Nosotros iremos con V. á conocerla. — Sí, ¿qué cosa? pregunté yo. — La capilla del Palacio Real cuya entrada no á todos es permitida. —

La he visitado ya, le respondí. — Ves, tú, le decía el General á su Señora, este señor apenas tiene una semana de estar en Madrid y ya conoce cosas de esta capital, que aun no conocemos nosotros, que habitamos aquí hace dos años.

— La razón es muy sencilla, les repliqué yo, á V^s, seguros de una permanencia más ó menos prolongada en esta población, les es indiferente ver tal ó cual edificio hoy ó dentro de un mes, pero yo consagrandome mi tiempo al exclusivo conocimiento de los pueblos, desde que llego á una ciudad, consulto en mi guía las cosas notables que en ella se encuentran y tomo como tarea el visitarlas desde luego.

Me levanto temprano, recorro calles, plazas, entro en los templos, concuro á los mercados, visito museos; por las tardes, veo jardines y paseos públicos; en la noche asisto á los teatros ó lugares en que los habitantes acostumbran reunirse. Tomo cicerones, ocupo carruajes para abreviar las distancias y no vuelvo á mi alojamiento sino á media noche, para seguir el día siguiente la misma tarea. Por eso es que después de ocho días de estar en Madrid, poco me queda ya que visitar.

— Es cierto lo que V. dice, confirmaba el General. Nosotros deseamos conocer un monumento, y ya porque llovió ó llegó una visita, lo dejamos para otro día, y así lo vamos difiriendo con la seguridad de hacerlo más adelante. —

Me disponía ya á dejar tan recomendables personas, cuando el Señor General me invitó á acompañarlos á comer.

Acabada la comida, en la que charlamos con esas gratas expansiones que acostumbran los hijos de una misma nación, al encontrarse en el extranjero, entró un lacayo á decir que el carruaje estaba listo.

Tanto el Señor General como su dignísima señora se empeñaron en que los acompañase al paseo, con tanta fineza que fué imposible negarme.

Fuimos al Prado y á la Fuente Castellana. En todas las calles y paseos vi con placer que las guardias civiles de esta capital, así como todas las aristó-

cratas y respetables familias que encontrábamos, saludaban con un cordial respeto á la familia Corona.

El carruaje de nuestro representante es lujoso y sus lacayos de librea, como se acostumbra en estas capitales.

Después del paseo tuvieron la amabilidad de traerme á mi alojamiento, ofreciéndome el Señor Corona volver por mí, al siguiente día, para acompañarme á varios lugares.

De propósito, me había reservado entregar á este General la carta que traía para él hasta en la víspera de mi salida de Madrid, para evitarle servicios y molestias que le quitasen su tiempo; pero él me instó á permanecer un día más, y con gusto lo hice para disfrutar más de su compañía.

El General Ramón Corona es aún joven, tendrá unos 40 años, de aspecto muy simpático, y de trato amable y franco. Su carrera militar es tan patriótica como brillante. Su digna esposa nacida, supongo, en los Estados Unidos, habla perfectamente el español, y es de una educación esmeradísima; alguien me ha dicho que toca el piano y canta con irreprochable estilo; es una dama tan hermosa como distinguida.

16 de Julio.

Temprano llegó el General en su carruaje á mi alojamiento, para acompañarme como me ofreció la víspera.

Sabiendo mi mucho afecto á las cosas militares, me llevó á las Salesas reales á ver el sepulcro del general O'Donnell.

En esa iglesia, situada en la plaza del mismo nombre, existen también magníficos frescos, soberbios cuadros, unas columnas de mármol verde de Granada y la tumba de Fernando VI. Es un templo digno de ser visitado.

Fuimos después á ver la tumba del general Prim en el templo de Nuestra Señora de Atocha.

Esta iglesia situada inmediata al paseo del Prado, está adornada con esmero.

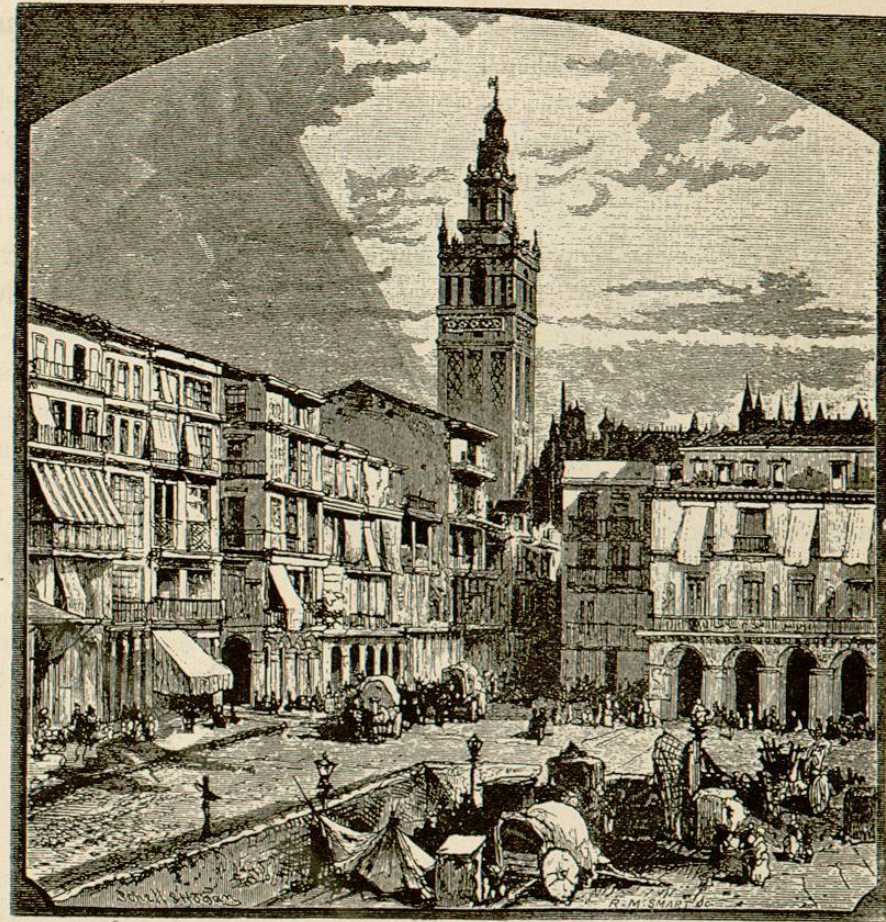
Aquí es, me dijo el General, donde se verifican los matrimonios de los monarcas españoles, y á donde vienen las tropas á prestar su juramento de fidelidad.

Además del sepulcro de Prim, notable monumento de hierro, se ven allí las banderas quitadas al enemigo por los Españoles.

Como el General Corona proyecta dar una vuelta por los pueblos de Europa, me encargó, antes de separarnos, le escribiese mandándole algunos datos de mi viaje, que le serían útiles para el que él desea verificar. Se lo prometí con la mejor voluntad del mundo.

Por la tarde visité el Museo Antropológico del Doctor Velasco, que contiene muchas piezas curiosas.

En la noche he preparado mi salida de Madrid para mañana. Dos pequeñas cosas dejo con verdadero sentimiento : el chocolate que se toma por la mañana en los restaurants, que no tiene rival en el mundo : no sé de que manera lo preparan, el caso es que es tan espeso, que parece *atole*, y tiene un gusto especial : en México, que es la tierra del chocolate, no se toma igual : otra cosa hay en Madrid que es una delicia para los viajeros en este sofocante tiempo de calor : una horchata de chufas, que se sirve como los helados, y que es el refresco más delicado y agradable que he tomado en mi vida.



SEVILLA. PLAZA DE SAN FRANCISCO.

CAPÍTULO XIX.

DE MADRID Á SEVILLA.

Argamasilla de Alba. — Prisión de Cervantes. — Cuna de Don Quijote. — Valde-Peñas. — Sierra Morena. — Córdoba. — La Mezquita. — Un Templo gótico.

17 de Julio.

Hoy salí á las siete de la mañana de Madrid con rumbo á Andalucía. He atravesado por puntos en que la langosta es tan abundante, que días pasados hizo detener un tren, que quedó, me dicen, con las ruedas girando en un mismo punto, sin avanzar, por lo engrasado de los rieles.